

Como logré la amistad de *Liliana Martínez* Por Emilio S. Belaval



conoci a Liliana Martínez cuando era una niña malcriada, linda y cochina. Como vecinita de una azotea fronteriza, sin mayor distinción que un murillo mediano, la nena me hacía víctima de mil salvajes coquetuerías: me sacaba la lengua, me tiraba las pipetas de la camiseta a medio cocer, me silbaba insidiosamente, prodigándose mimos sangrientos. ¡Ah, por aquellos años era yo un adolescente díscolo, triste y malhumorado, a quien habían transplantado desde el umbrero antepecho de un pueblito costero hasta la hermosa galería de una ciudad de mi patria, que tiene un dulce nombre pío: San Juan Bautista de Puerto Rico.

San Juan de Puerto Rico

taféricamente desde luego, a la princesa Malena del admirable don Mauricio. Guardé un silencio procaz, en espera de que por tener cuatro o cinco años más que ella, mi linda Liliana se retirara de la urbana guerdarraya. ¡No había yo la que me había ganado!

Por aquel silencio bravuconé fue una completa ruptura de hostilidades. La nena volvió a la otra tarde con un saco de semillas y escondida detrás de la casilla que servía de remate a la escalera, me hizo blancos del más asustoso blan-

SAGRADO

Universidad del Sagrado Corazón

NOTA

El documento no está disponible en línea. Puede encontrarlo en la Colección de Emilio S. Belaval en el Área de Información e Investigación en la Biblioteca Madre María Teresa Guevara de la Universidad del Sagrado Corazón.

la quien mi familia soportaba por no sé qué oscura pasión cristiana. Hasta dicha azotea había llevado un viejo sillón que no podía ya figurar en el inventario digno de la familia, para gozar del mono ardor de asustarme solo o de la impetuosa soberbia del saberse por arriba de la ciudad.

El primer año yo gocé casi totalmente del privilegio del panorama secular, sobre todo, de un pedato de mar espejado por un sol duro, que tan bien le iba a la misteriosa vacuidad de mi adolescencia. Mis vecinas de azotea eran dos viejecitas pálidas, con paño de palmas, doña Ursula y doña Esperancita, quienes alguna vez subieron para echar una hojita de amas acostumbradas a una limpieza primorosa. Una leve inclinación de cabeza era todo mi homenaje vecindario para las dos dulces viejecitas, a pesar de que estaba en el trascendental secreto de ver algún día tras día la más íntima prenda de su honesto ajuar. Un día empero, se añadió una tercera carrecita a la azotea vecina y para probanza de mi ánimo llegó hasta mi ciudad de rojo ladrillo y viejo mar, la puerca y linda Liliana Martínez. Una risita aguda desde el pretil costero me trajo el anuncio de la intrusa.

—Yo vivo aquí, ahora, —me dijo con unos cachetas resplandecientes, donde había un par de hoyuicas molineras y unos cuantos tizones de chocolate. Ahora que la recuerdo, con la justicia emocionada que da el correr de los años, comprendo que debí encontrar bonita y hasta graciosa a la nena, con sus nervos alio alio.

